

Sobre la libertad. Estructuras sociales de la autonomía individual - Prefacio.

De Grande, Pablo.

Cita:

De Grande, Pablo (2019). *Sobre la libertad. Estructuras sociales de la autonomía individual - Prefacio*. Buenos Aires: Ediciones Universidad del Salvador.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/acta.academica/box/pablo.de.grande/64/1.pdf>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pcWP/vaE/1.pdf>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Prefacio

Libertad es una palabra que el sueño humano alimenta,
que no hay nadie que la explique,
y nadie que no la entienda.

Jorge Furtado
La isla de las flores, 1989.

La libertad no es un problema de pocos. Todos pensamos, temprano o tarde, en el para qué de nuestras vidas. Y en la respuesta a esa pregunta, vemos qué hemos hecho y qué podremos hacer. Qué fuerzas y qué capacidades tenemos para actuar. A la libertad política y al debate sobre los derechos formales se opone una noción de libertad más mundana y prevalente: aquella de la conciencia sobre la propia libertad efectiva de acción. ¿Puedo controlar mi vida? ¿Puedo cambiar mi entorno?

Este libro presenta los resultados de una investigación referida al modo en que la posición socioeconómica y las relaciones sociales de las personas afectan la imagen que ellas tienen de su libertad individual. ¿Quiénes creen que sus acciones alteran el curso de las cosas? ¿Es bueno eso para sus vidas? ¿Con qué teorías contamos para comprender estos problemas?

En este punto, creo que es importante destacar que la libertad no apareció como concepto central del análisis hasta muy avanzada la investigación. De hecho, en el inicio, no lo hacía.

Mi interés principal, con un anclaje en una sociología reciente del ‘análisis de las redes sociales’ –que luego reconocería mejor como sociología clásica de la interacción–, residía en las relaciones interpersonales. Pretendía mostrar, de una manera fundada en datos, que los condicionamientos por clase social –tal como los mostraba Durkheim en su análisis del suicidio, o Bourdieu en su análisis del gusto– no eran suficientes para explicar los procesos subjetivos. Más en particular, quería evaluar si las relaciones interpersonales –los ‘otros’, en el día a día– influían de algún modo significativo y mensurable en dimensiones relevantes de la cosmovisión de los sujetos investigados.

La sociología explica con frecuencia el funcionamiento de los condicionamientos sociales, pero no aborda usualmente en forma explícita la libertad. Son su tema fenómenos como las probabilidades de éxito o de fracaso en diferentes ámbitos según, por ejemplo, la edad, el género o el nivel socioeconómico de las personas. Así, la persistencia de la pobreza en ciertos espacios sociales, el fracaso de trayectorias educativas, o las limitaciones de la movilidad social para ciertos sectores sociales derivan –en esa disciplina– de los modos en que los contextos desfavorables, dentro de un sistema más amplio de distribución de las oportunidades, multiplican los obstáculos para quienes participan de ellos, con independencia de sus inclinaciones o facultades individuales.

Si la economía y el derecho hablan de hombres formalmente libres e iguales (en el mercado y ante la ley, respectivamente), la sociología denuncia, con frecuencia y desde sus orígenes decimonónicos, el carácter falaz de tales supuestos, así como la omnipresencia estructural de la diferencia y la desigualdad como articuladores de las relaciones de poder y de la organización social.

La libertad, en esa oposición disciplinar contra la libertad de mercado y la libertad formal-legal, es extraña como objeto para la sociología. En la medida en que los determinismos sociales –las restricciones que los sujetos usualmente no podrían ver sin la ayuda de la disciplina– se mantengan invisibles, la libertad que los sujetos sientan es pasible de su desdén, en tanto es reconocida como una ‘falsa conciencia’, una percepción equivocada de su capacidad de actuar.

En dicho marco, esta investigación partió de un esquema de investigación clásico, que buscaba describir los efectos de las estructuras sociales en la subjetividad. Aceptando el supuesto de que la posición social condicionaba (en promedio) las creencias de las personas, quería introducir las relaciones interpersonales como un elemento capaz de modificar dicha relación. La pregunta de investigación era entonces: ¿el impacto de mi posición social en mis ideas y creencias se modifica en función de las personas que frecuente en mi vida cotidiana?

En ese punto, y como suele suceder, el elemento novedoso vino desde fuera. Entre indicadores conocidos del bienestar subjetivo hallé que, a pesar del carácter ilusorio que la sociología atribuyó tradicionalmente a la libertad, en psicología experimental la cuestión no había sido tomada tan a la ligera. Muy por el contrario, al indagar en medidas que dieran cuenta de las percepciones subjetivas del mundo –yo quería mostrar cómo las relaciones sociales alteraban las creencias personales– encontré que diversas líneas de investigación. Estas mostraban que –controlada por diversos factores– la convicción individual de

poder hacer cosas era un factor significativo en la posibilidad de hacerlas.

Lejos de afirmar ingenuamente que ‘querer es poder’, era empíricamente demostrable que muchas veces creer que algo es imposible lo vuelve realmente así¹. La libertad como convicción personal aparecía allí no como un residuo de la suma de determinismos sociales operantes, sino como un sostén autónomo de la acción individual².

Este hallazgo parecía relevante. Mi preocupación por las relaciones interpersonales y la posición social podía echar luz sobre una disposición cuyas prerrogativas estaban demostradas en el mundo práctico. Sentirse en posesión de la capacidad de actuar era importante en muchos aspectos de la vida. Pero, si el fenómeno era relevante, ¿cómo se gestaba esta convicción?

Si bien la psicología había podido trabajar en extenso los efectos de la capacidad de actuar, esta facultad era utilizada mayormente, en dicho campo, como un punto de partida para explicar otros comportamientos (como una causa). Por lo tanto los factores que favorecían u obstaculizaban la emergencia de esta percepción habían sido menos explorados³.

A partir de ello, quedó estructurado el espacio de esta investigación como una exploración de los nexos entre la libertad individual, la posición social y los vínculos interpersonales. No la libertad que provee o niega un marco legal, un sistema de gobierno o una ética de convivencia; es decir, no tal y como la estudian la ciencia política o la filosofía⁴. Tampoco la libertad

1. Ver, por ejemplo, el trabajo donde Rotter muestra cómo la creencia en la capacidad de modificar el entorno afectaba sistemáticamente los resultados en procesos de aprendizaje (Rotter, J. (1954). *General Principles for a Social Learning Framework of Personality Study*. En Rotter, J. *Social Learning and clinical psychology*. Englewood Cliffs, Prentice-Hall Inc., pp. 82-104).

2. Los estudios de Robert K. Merton en torno a la noción de ‘profecía autocumplida’ apoyan desde la sociología estos resultados (ver “La profecía que se cumple a sí misma”, en R. K. Merton (1980 [1949]) *Teoría y estructura sociales*, México: Fondo de Cultura Económica, pp. 505-514).

3. La bibliografía de apoyo social, que lo sitúa como un soporte relacional de efectos amplios, sugiere que la desafiliación social y la falta de recursos materiales propician que se perciba una escasa capacidad para la acción. Sin embargo, las maneras específicas en que la percepción de libertad se vinculaba con la posición de clase y las relaciones interpersonales no estaban tampoco allí del todo desarrolladas.

4. La sociología –siguiendo a Marx– nunca ha tomado muy en serio la idea de que los marcos legales fueran, *tout court*, la realidad. Para Marx, en el Estado el hombre deviene “el miembro imaginario de una soberanía ilusoria” (Marx, K. (2012). *Sobre la cuestión judía*. En *Páginas Malditas*. Buenos Aires: Libros de Anarres, p. 22)

que proclaman las luchas sociales, los manifiestos y las revueltas políticas, aunque exista una relación con ella.

Aquello que apareció progresivamente en la investigación fue el preocuparse por la percepción, simple y llana, que las personas tendrían –en nuestra sociedad, urbana, sudamericana, contemporánea y actual– de su libertad de acción.

¿Qué relaciones interpersonales –o qué posiciones de clase– nos ayudan a sentirnos libres de controlar nuestras vidas? ¿Cuáles operan en sentido opuesto? ¿Qué espacios se asocian a esta idea –tan individualizante y singular– de poder lograr cosas ‘por uno mismo’?

Concebida así la libertad, como la percepción que cada uno de nosotros tiene sobre las chances de afectar la propia vida, la investigación pudo equilibrarse y sus resultados comenzaron a tener un sentido más general.

Este libro presenta, entonces, los resultados observados respecto a la incidencia de las relaciones interpersonales y la posición social en el modo de concebir la libertad. Por medio de un relevamiento en hogares de grandes centros urbanos de la Argentina, fueron realizadas 1.500 encuestas para indagar estas dimensiones, junto con otros indicadores de sus condiciones de vida y su inserción social⁵.

Veremos que participar de redes interpersonales puede aumentar la confianza en uno mismo; es decir, quienes tienen relaciones creen con más frecuencia que pueden alcanzar metas sin ayuda de otros. De modo similar, aquellos con mayor nivel de capital económico creen con más fuerza que el destino depende de sí mismos; es decir, que los mejor posicionados en la estructura social consideran que la estructura no es determinante para ellos a la hora de actuar.

Retomaremos, en suma, el problema de la libertad desde una perspectiva sociológica. Esto nos conducirá al análisis de los contextos de posibilidad y de los condicionantes en torno a la percepción de autonomía individual. Buscaremos comprender qué factores sociales se vinculan a la particular creencia de que el destino depende de la acción de los hombres, y no es plenamente dependiente de la suerte, la fatalidad o la voluntad de terceros.

La libertad en contexto

Las transformaciones sociales ocurridas en el último cuarto del siglo xx tuvie-

5. La información fue elaborada en el marco de la Encuesta de la Deuda Social Argentina, en su edición del año 2006, donde se incorporó por única vez un módulo de redes personales.

ron como corolario la ruptura de formas tradicionales de solidaridad⁶. Este hecho es verificable en el aumento de las muertes violentas en los grandes aglomerados urbanos, en la crisis del cuidado de niños y personas mayores, en el aumento de la desigualdad y la miseria. Las políticas neoliberales corporizaron en los niveles gubernamentales esta crisis, profundizándola y gestando el recrudecimiento de la pobreza extrema y la exclusión social dentro y fuera de nuestro país. Los balances sociales del neoliberalismo no hablan bien de las “nuevas libertades” que trajo consigo, o al menos parecería que un nuevo capítulo se ha agregado a la larga serie de relatos acerca de la estrecha relación histórica entre libertad moderna y desposesión⁷.

A nivel social, en los análisis referidos a las dos décadas que enmarcan este trabajo (1990-1999, 2000-2009), se ha insistido en la crisis del lazo social, en la victoria del individualismo como modo de vida por sobre formas obsoletas de solidaridad, en la victoria del mercado sobre el llamado *orden social*.

Los cambios ocurridos en los sistemas de seguridad social, en los sistemas educativos, en la organización de la salud, en las dinámicas de los mercados laborales, en el terreno de las telecomunicaciones y en las lógicas de distribución residencial en apenas veinte años habrían hecho emerger –o propiciar, como correlato– nuevas formas de afiliación institucional e interpersonal, más informales e inestables. Las “nuevas libertades” consistirían, según estas tendencias, en acentuar crecientemente el distanciamiento interpersonal y en debilitar las diversas formas de participación institucional. De esta forma, los clubes de barrio y las relaciones vecinales cederían lugar a nuevos espacios sociales de interacción. Los *countries*, los *shoppings*, los gimnasios son algunos de los nuevos ámbitos sociales emergentes que ganaron relevancia, junto con la consolidación del desarrollo de tecnologías de la información y la comunicación que sentarían las bases de la incipiente masificación de los vínculos ‘virtuales’ y las difusión de las nuevas ‘redes sociales’ en soportes computacionales.

6. Este argumento se desarrolla, por ejemplo, en Rodríguez Victoriano, J. M. (2003). La producción de la subjetividad en los tiempos del neoliberalismo: hacia un imaginario con capacidad de transformación social. *Cuadernos de Relaciones Laborales*, 21, núm. 1, pp. 89-105.

7. Marx señaló oportunamente la cualidad ambigua de las libertades ganadas en la modernidad por el temprano proletariado en Inglaterra: siendo ‘libres’ de elegir su trabajo y su empleador, fueron a vez ‘liberados’ de las posesiones tradicionales que facilitaban su existencia (las tierras comunales y los medios de trabajo de que fueron brutalmente expropiados).

Por su parte, tales cambios no solo impactan en las dinámicas de la interacción, sino también en las lógicas de acumulación y distribución del capital⁸. El aumento de la desigualdad –es decir, de la pobreza y la riqueza extremas– se refleja en la emergencia de nuevas problemáticas sociales, de nuevas pautas de consumo, de nuevas distribuciones y formas de residencialidad y también de nuevas formas de conflictividad social.

Por todo ello, cabe preguntarse qué lugar ocupa –en términos prácticos– la libertad, entendida no como un concepto útil entre los insumos para el armado de proclamas o manifiestos, sino como un elemento clave en la construcción subjetiva de la acción individual personal y cotidiana.

Un enfoque sociológico de la libertad

El problema de la libertad atraviesa el núcleo de las ciencias del hombre modernas. Así, puede mencionarse su ingreso al centro de los debates sobre filosofía política, en los cuales los principios del orden republicano y democrático se organizaron en un diálogo constante con la noción de libertad. Desde Montesquieu y Kant, pero también en Rousseau y en Constant, se evidencia la preocupación por la interacción entre gobierno y libertad⁹.

Tanto en la posición según la cual la libertad supone un régimen coercitivo que permita su ejercicio (por medio de la obligación a cooperar), como en la mirada que la identifica con un campo en que el Estado se abstiene de intervenir, existe un consenso sobre su centralidad como objeto de análisis y como valor social a privilegiar¹⁰.

A partir de allí, se plantean interrogantes tales como si la ley garantiza o restringe la libertad personal; si la libertad es esencialmente solidaria o desafiante de los principios democráticos del gobierno de la mayoría; si existen ‘derechos universales’ a los que las personas deben acceder libremente, entre otros. El liberalismo pondrá en el centro tanto de la arena económica como de la arena política el problema de la libertad, o la libertad como problema.

Al mismo tiempo, no menos importantes son las discusiones desde campos distantes de la soberanía política, la moral o el ‘libre mercado’. La alienación, que tanto preocupaba a Marx, era síntoma del hombre que ya no

8. Ver por ejemplo los comentarios de Zygmunt Bauman en *La globalización, consecuencias humanas* (1999, Buenos Aires: FCE, ej. pág. 95).

9. Przeworski, A. (2010). *Qué esperar de la democracia*. Buenos Aires: Siglo XXI.

10. En parte, esos temas fueron desarrollados por Adam Przeworski, quien trabajó el lugar problemático de la libertad en la definición conceptual y práctica de las democracias modernas (Przeworski, A. (2010). *Qué esperar de la democracia*. Buenos Aires: Siglo XXI).

puede 'objetivarse' en su entorno, que no puede ser él mismo. La libertad allí es entendida como el espacio en el cual el hombre debe lograr, en primera medida, sobreponerse a la demanda hostil de la naturaleza circundante y de su propia biología.

También ligado a la preocupación por el control –y entendida la libertad como libertad de control– el psicólogo del conductismo, Skinner, nos pregunta quién controla a quién cuando un hombre, caminando por la calle, decide meter sus manos en los bolsillos para no comerse las uñas¹¹. Nos habla con ello de las muchas caras del yo a la hora de decidir en la acción. Weber, por su parte, duda de la libertad posible en una modernidad ganada por el cálculo. Control de sí como antesala del control del mundo; pujas de control, como cocina y esencia de la ruina de la libertad práctica¹².

Si existe un destino escrito o si operan unas fuerzas que deciden sobre nosotros es una pregunta que lleva muchos siglos navegando en nuestras conciencias. Fuera de los debates académicos, la posibilidad de que entidades superiores (deidades, predestinación, azar, enemigos externos, fuerzas naturales, morales o sociales) dominasen el accionar de las personas estuvo en el centro de relatos mitológicos tan viejos como la historia del hombre. De Edipo a Hamlet, de Abraham a Ana Karenina, la libertad aparece como una conquista difícil para los héroes.

Desde la modernidad, se afirma que las personas deben escribir su destino: lo singular de la especie humana, de acuerdo con esta perspectiva, vendría a ser su adaptabilidad y su inagotable capacidad para la invención y la improvisación. En suma, para la libertad. Al revés de Edipo, los mitos modernos de la movilidad social –de La Cenicienta a Aladino, de Lady Di a Maradona– reafirman que, incluso en las situaciones de mayor desamparo –en la soledad o en la miseria–, es posible encontrar la redención si se persiguen las ambiciones, las sueños, las vocaciones. Hamlet sufre al descubrirse juguete del destino y, contra todo pronóstico, quiebra los lazos de un poder deshonesto que lo excede en fuerzas y posición.

Esta investigación se ubica espaciotemporalmente en el contexto de una Argentina signada por una serie de cambios acelerados y socialmente traumáticos: en primer lugar, las transformaciones estructurales de la década del noventa, con altos niveles de desempleo y creciente desarticulación del apar-

11. Skinner, B. (1953). The self. En Skinner B. *Science and Human Behavior*. Nueva York: Macmillan, p. 283.

12. Sobre el pesimismo de Max Weber ante el espectáculo industrial de la modernidad, ver Fidanza, E. (2005). La jaula de hierro cien años después: consideración acerca de una metáfora perdurable. *Estudios Sociológicos*. Vol. 23, No. 69, pp. 845-855.

to productivo local. *A posteriori*, el trágico diciembre de 2001, que incluyó la declaración del estado de sitio por parte del gobierno nacional de Fernando de la Rúa, manifestaciones masivas en grandes centros urbanos del país, la muerte de treinta y nueve personas por la represión policial y, finalmente, la dimisión presidencial. En el período 2002-2005 tuvo lugar una reorganización social articulada a partir de una devaluación de la moneda en materia económica y con políticas de contención social, y un incipiente proteccionismo para la industria y otros sectores. Estos cambios tuvieron efectos relativamente rápidos en el equilibrio de la balanza comercial, la baja del desempleo y la reacción de varias ramas industriales. Sin embargo, los efectos sociales –el tránsito de grandes sectores de la población por la pobreza, el desempleo y la exclusión en diversas formas– han mostrado ser más persistentes.

Al momento de preparar el estudio del que deriva este libro, nos interrogamos sobre las percepciones de la población de grandes centros urbanos de la Argentina respecto de ser o no libres de controlar sus vidas. Este aspecto era un rasgo poco considerado por los estudios sociológicos, lo que no resulta totalmente extraño dado que la disciplina ha abordado la discusión de la libertad como un problema eminentemente teórico a partir de la oposición libertad-determinación.

Raymond Boudon, al definir el dominio de la sociología, señala que ha sido percibida, con frecuencia, como la ciencia de los determinismos sociales¹³. Varios hallazgos resonantes de esta disciplina abonan dicha definición¹⁴. De ser así, su núcleo duro de saberes no podría más que oponerse a los discursos que pretendan sostener el carácter incondicionado de la acción humana. Ante el postulado de la existencia de hombres libres, la sociología afirma y demuestra la heterogeneidad y la dureza de las barreras que impiden, de manera sistemática y crónica, la igualación de la libertad de acción entre las personas¹⁵.

13. Boudon, R. (1981). ¿Qué es la sociología? En R. Boudon, *La lógica de lo social. Introducción al análisis sociológico*. Madrid: Ediciones RIALP, pp. 15-37.

14. El trabajo de Émile Durkheim sobre el modo en que ciertas condiciones sociales aumentan significativamente las chances individuales de cometer suicidio es quizás el más célebre, pero abundan ejemplos de este género, como las condiciones alienadas de producción capitalista en Marx o los mecanismos ‘enclasantes’ (reproductores de la pobreza y la desigualdad) que Bourdieu encuentra en los espacios educativos.

15. Sobre esta cruda contraposición de base, se ha intentado tender puentes hacia final del siglo XX entre libertad y condicionamiento, en debates que han dejado sabor a poco. Tanto los abordajes de la relación sujeto-estructura, como aquellos enfocados desde la relación entre lo micro y lo macro, mantuvieron el viejo problema en

A pesar de ello, y en un sentido más general –también según Boudon–, la sociología propone estudiar los sistemas sociales de interacción. Por lo tanto, no le corresponde necesariamente la negación de la libertad como objeto de estudio. Su comprensión debe darse, desde nuestro enfoque, tanto teórica como empíricamente. ¿Qué entender por libertad en cada investigación o en cada contexto de necesidad en que se recurre a ella? ¿Cómo medir sus manifestaciones? ¿Cómo describir sus cambios?

Para responder estas preguntas, se trabajó a partir de la noción de libertad entendida como la percepción de poder controlar y afectar al entorno. Definida de este modo, requiere para su realización la disponibilidad de un contexto, de sujetos en acción y en relación. La libertad social actúa en un contexto complejo de interacciones, de recursos y de situaciones.

Más allá de la libertad

Este libro, además de lo expuesto, es un intento de romper con la perspectiva que ha llevado al dualismo individuo-sociedad en investigaciones sociales y construcciones de teoría social. Esta separación –ampliamente criticada por Norbert Elias– ha tomado forma en diversos clivajes, como por ejemplo la oposición entre lo micro y lo macro social, la separación de lo subjetivo y lo objetivo, la dualidad entre individuo y estructura o la sociología comprensiva (situada en el sujeto) en contraposición a la sociología positivista-funcionalista (basada en lo sistémico).

Norbert Elias se opuso a esta concepción y señaló que individuo y sociedad no pueden ser entidades teórica o empíricamente divisibles. Adicionalmente, señala Elias que la gran ausente en los esquemas que resumen la vida social, como la relación entre individuo y sociedad, es la noción de relación. Esto es crucial si consideramos que, en la vida práctica, los sujetos existen –desde su nacimiento y sin cesar– en relación con otros. Actúan para otros, por otros, con otros, contra otros. Según Elias, en esas relaciones materiales y simbólicas, mediadas por el discurso, los recursos, las tradiciones y la cultura en todas sus formas, ocurren y se explican las organizaciones de mayor complejidad (instituciones, marcos legales o infraestructuras materiales).

movimiento hasta agotar en el cansancio. La perspectiva de Bourdieu nunca dejó de parecer centrada en los condicionamientos sociales, y el margen de acción un elemento casi extrateórico para dicha sociología (objetivado lateralmente en la noción de ‘sentido del juego’), mientras que en la noción de agencia de Giddens (acotada por las ‘estructuras’) nunca termina de afirmarse la rigidez de las lógicas estructurales y la ‘estructura’ parece siempre reorganizable.

En consonancia con este autor de mediados del siglo xx, para la sociología clásica, un enfoque en el cual la interacción entre las personas no sea visible es una gruesa simplificación de su proyecto original. El núcleo teórico de la sociología clásica daba un lugar central a las relaciones interpersonales sostenidas diariamente en las sociedades modernas.

A pesar de ello, a lo largo del siglo xx la noción de ‘relación social’ ha pasado por un tamiz teórico que la confinó, con gran frecuencia, a un espacio de sentido donde las relaciones sociales dejaron de ser algo observable y cotidiano. Así, pasaron a ser la mera indicación de cualquier vínculo pasado o presente, simbólico o material, directo o indirecto, entre dos cosas o personas¹⁶. Ya sea que el *rappport* fuera histórico, semántico, interpretativo o accidental, se está en presencia de una relación social ante cualquier par de elementos que tengan, en definitiva, algo en común.

Esta aplicación puede verse en ciertas lecturas de la obra de Marx. En ellas, se ha resaltado la original idea de que un capital solo tiene sentido en su dimensión relacional. El valor socialmente atribuido es lo que confirma al capital como tal, lo que le permite asumir formas de valorización. Y, al hacerlo, configura las interacciones entre quienes se relacionan con él: proletarios y capitalistas. En consecuencia, se afirma que ‘hablar de capital’ es ‘hablar de relaciones’; se mimetiza así la idea de ‘social’ (o de ‘socialmente construido’) con la de ‘relación social’.

En esta línea, los estudios críticos sobre el poder han tomado la noción de ‘relación’ para señalar que los diferenciales de poder o riqueza entre actores de una sociedad –en virtud del carácter sistémico, es decir global, interconectado, de los mecanismos económicos– son el producto de ‘relaciones de poder’ (de jerarquías en el uso, de ventajas en el acceso o de modos de extracción dispar de los recursos). Toda esta línea de estudios del poder y la explotación ha habilitado la discusión respecto a las formas de desigualdad bien consolidadas –en términos de clase, género, etnia y colonialidad, entre otros–, pero produjo, como revés, una doble transformación en la noción de ‘relación social’.

Por una parte, el uso sistemático del ‘estar en relación’ para señalar escenarios de asimetría en el poder (en el control, en el acceso, en la propiedad y

16. Basta, para confirmarlo, observar la lista de autores mencionada por François Dépelteau al referir la construcción relativamente reciente de un campo de la ‘sociología relacional’, en el que incluye autores de vertientes tan diversas como Margaret Archer, Howard Becker, Herbert Blumer, Pierre Bourdieu, Norbert Elias, Bruno Latour, Niklas Luhmann o Barry Wellman, entre otros (Powell, C. y Dépelteau, F. (Eds.) (2013). *Conceptualizing Relational Sociology*. Nueva York: Palgrave Macmillan, p.165).

el uso) opacó sensiblemente el interés por dar a las relaciones un estatus de objeto de análisis. En los estudios de pobreza, género, política educativa o acceso a la salud, interesan como productoras de desigualdad. Sin embargo, esas son solo un subconjunto dentro del total de relaciones sociales existentes, y puede suponerse que podrán ser comprendidas una vez restaurado el interés y el saber relativo a las relaciones sociales en general: ¿cómo se establecen?, ¿entre quiénes?, ¿para qué?, ¿qué sentimientos y representaciones circulan sobre ellas?, ¿cómo las relaciones en grupos pequeños difieren de aquellas en grupos extensos?, ¿cómo se despliegan a lo largo del ciclo de vida y entre las generaciones?

Por otra parte, el entender las relaciones sociales como el diferencial de poder entre dos o más actores le quitó especificidad empírica a la noción clásica de relación: ya no se alude –como en Max Weber¹⁷– a una probabilidad ampliada de acción recíproca entre dos o más personas, o –como en Simmel¹⁸– al resultado de socializar una necesidad o problema. Por el contrario, sin una definición precisa, una relación social vendría a señalar cualquier caso en el que dos elementos –en un contexto ‘social’, es decir, en cualquier contexto– coincidieran directa o indirectamente en la determinación de sus condiciones de vida. De este modo, están en relación un escritor con su público, una generación del siglo xix con otra del xxi, un ama de casa del Perú con el taller en Botswana que fabrica sus zapatos¹⁹. Esto trae aparejada una previsible consecuencia teórico-metodológica: la invisibilización analítica y empírica de las relaciones sociales: si todo es una relación, nada lo es. Así, las relaciones sociales, entendidas como la efectiva interacción entre dos o más personas por medio de palabras, actos y/o intenciones, parecen cosa del pasado. Su estudio, en gran medida, ha sido abandonado. De una parte, su omisión en ciertos ámbitos parece dar cuenta de que las

17. Weber, Max (1998). Concepto de la acción social. En Weber, M., *Economía y sociedad*. México: Fondo de cultura económica. pp.18-39.

18. Simmel, Georg (2002). La sociabilidad. En Simmel, G., *Cuestiones fundamentales de sociología*. Barcelona: Gedisa. pp. 77-102.

19. En cierto modo, la teoría del actor-red, tal como la presenta Bruno Latour, parece señalar esto mismo. No tanto que las relaciones sociales (interpersonales) fueran centrales y sustantivas en aquello que deba explicar la sociología o la teoría social, sino que, a la inversa, las explicaciones sociales deben componerse de ‘mapas’ o ‘redes’ que hagan explícitos todos los nexos de origen, oposición, referencia o comunalidad entre los elementos observados y sus entornos materiales y humanos, actuales y precedentes (así se presenta esta teoría por ejemplo en Latour, B. *Reensamblar lo social*. Buenos Aires: Manantial, 2008.).

relaciones interpersonales no tendrían ninguna importancia sociológica. Así ocurre, por ejemplo, con la información producida por las oficinas de estadística pública. A través de relevamientos ministeriales, censos nacionales y encuestas de hogares se registran casi exclusivamente atributos de los individuos, y eventualmente de sus viviendas o grupos convivenciales (su edad, su sexo, el tamaño de la institución en la que trabaja, la antigüedad de empleo, el nivel educativo del 'jefe' de hogar, etc.).

En el otro extremo, es posible encontrar trabajos que, desde una perspectiva 'crítica' de las relaciones de poder, sostienen que las desigualdades sociales existen como consecuencia de las relaciones sociales (de clases, patriarcales, etarias, etc.). Sin embargo, al dar por hecho de manera tan taxativa esta afirmación, no parecen interesados en medirlas empírica y sistemáticamente (más allá de ejemplificarlas con casos etnográficos). Las consideran un supuesto y no un emergente.

En consecuencia, el interés por la sociabilidad –como el arte de lo social por el placer de su puesta en acto, de Simmel–, por la relación social –como mirada de la acción recíproca con un sentido esperable y sus formas típicas, de Weber– o por el lazo social –como la comunidad solidaria de personas que da sentido a la vida, y que antecede a la asociación funcional, de Durkheim– han cedido lugar al análisis de los sistemas sociales en abstracto²⁰. Este análisis ha puesto en la cima de las preocupaciones sociológicas del siglo xx a los sistemas sociales antes que a los sujetos: la composición demográfica de las poblaciones, las lógicas de los mercados laborales, los laberintos de los funcionamientos institucionales, los corpus de discursos higienistas, positivistas, sexistas, o de cualquier otra índole. Incluso los procesos históricos subjetivos (como las transformaciones en las creencias y prácticas sobre el amor, la infancia, el trabajo o el tiempo libre) han podido ser explicados por el recurso a macro-actores, tales como el Estado, las corporaciones médicas, los mercados, entre otros. En las antípodas, se encuentran quienes han documentado la patente relevancia de las interacciones en los cursos individuales. Así, desde la escuela de Chicago al interaccionismo simbólico, pasando por modelos psicológicos y económicos de elección racional, se ha buscado oponer al imperio de los grandes sistemas la rebeldía y la imprevisibilidad de los actores en escena. No siempre en un camino radical, pero con suma frecuencia sin referencias a la estructura social, estos desarrollos lograron desacreditar a su contraparte sistémica sin ganarles, empero, en verosimilitud o legitimidad.

20. Vázquez García, F. (1999). Historicidad de la razón y teoría social: entre Foucault y Bourdieu. *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. 61, No. 2, pp. 189-212 [p. 190].

Lo que este libro se propone mostrar es que las relaciones importan. Que la subjetividad es afectada en sus construcciones más individuales –como la autopercepción de ser libre de actuar sobre el entorno– por la trama relacional en la que cada individuo se halla localizado, por las personas que frecuenta, consulta o respeta, ama u odia. De igual modo, si pudiéramos constatar que esta también afecta la percepción de poder lograr cosas por uno mismo, sería posible especular que las relaciones interpersonales afectan las creencias que se tiene acerca de los demás y de sus interacciones.

Al mismo tiempo, no se pretende, con esta iniciativa, echar por la borda lo que obras clásicas como *El Suicidio*²¹, u obras más recientes como *La Distinción*²², han evidenciado respecto al modo decisivo en el que la posición social (la localización de clase, la identificación estructural) afecta las probabilidades de sentirse feliz, quitarse la vida o desarrollar los gustos personales sobre el arte, el deporte y la cultura en general.

En función de esto, nos proponemos restaurar el escenario de una vida social donde primeramente los sujetos interactúan con otros sujetos, y solamente en el contexto de dicha interacción toman contacto con estructuras que los preceden en antigüedad y así conforman, progresivamente, sus horizontes subjetivos. La interacción aparece, en este marco explicativo, como un escenario de relativa autonomía en que se ordena y compone la existencia y se significan y orientan las vivencias y voluntades particulares.

Estructura del libro

El libro se divide en cuatro partes con el propósito de desarrollar los objetivos antes comentados, y presenta los resultados obtenidos en el trabajo de campo.

En la primera parte, dedicada a la libertad, se elaboran una definición teórica y una definición operativa de la libertad social percibida, de modo de avanzar en su conocimiento como fenómeno social. Para ello, en el Capítulo 1 se examinan antecedentes de investigaciones ligadas a la noción de libertad y de control del entorno, así como el marco operativo de recolección de datos que permitió construir la información de campo.

En la segunda parte, dedicada a la estructuración, se reponen elementos vinculados al modo en el que la posición social afecta las creencias de las personas, de acuerdo con la teoría, los antecedentes de otras investigaciones

21. Durkheim, Émile (2006). *El suicidio*. Buenos Aires: Miño y Dávila.

22. Bourdieu, Pierre (1998). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.

y los resultados propios. Es decir, ¿es esperable que según mi edad, mi posición económica o la educación recibida, mis convicciones sean diferentes, en término medio, a las de quienes pertenecen a otros grupos de edad u ocupan otra posición en la distribución socioeconómica? En el Capítulo 2, se da cuenta de las principales teorías que buscaron explicar la organización social en clases sociales y los efectos de los mecanismos de mediano y largo plazo que operan sobre las interacciones y las representaciones subjetivas. En el Capítulo 3, se analizan los efectos directos de las posiciones de clase en la libertad percibida en investigaciones precedentes, a la vez que se exponen los resultados obtenidos para la población urbana investigada.

En la tercera parte, dedicada a las relaciones interpersonales, se introduce al estudio de las relaciones sociales para indagar su relación con la libertad percibida. Para ello, en el Capítulo 4 se repone el desarrollo de algunas perspectivas que han hecho énfasis, a lo largo del siglo xx, en el fenómeno de la interacción. Luego, en el Capítulo 5, se analizan evidencias halladas en la bibliografía académica respecto a la asociación entre las relaciones interpersonales y la percepción de control del entorno. Asimismo, a partir de la investigación aplicada en grandes centros urbanos de la Argentina, se analiza la relación entre vínculos interpersonales y la libertad percibida. En el Capítulo 6, a fin de clarificar los nexos entre las dos dimensiones presentadas como organizadoras de la percepción de libertad –clase social y lazos interpersonales–, se analizan las dependencias entre ellas y se da cuenta de los hallazgos bibliográficos, así como de lo observado en la encuesta realizada.

En la cuarta parte, se discuten algunas hipótesis de las interacciones observadas entre clase social, relaciones interpersonales y libertad percibida. Esta última es aquí revisada teóricamente, a la luz de las evidencias encontradas (Capítulo 7).

Finalmente, en el último apartado, y a modo de conclusión, se resumen algunos de los hallazgos empíricos y de los aportes teóricos que pueden derivarse de la investigación que este libro presenta.